

EL TRONO DE JAZMÍN

TASHA SURI

Traducción: María Inés Linares



Prólogo

En el patio del *mahal* imperial se estaba construyendo la pira. La fragancia de los jardines entraba por las altas ventanas: de dulces rosas y también de flores de aguja imperial, más dulce aún, pálida y frágil, crecían en una profusión tan espesa que se derramaba a través de la celosía; sus pétalos blancos se desplegaban contra las paredes de arenisca. Los sacerdotes arrojaban pétalos sobre la pira y murmuraban oraciones mientras los sirvientes cargaban leña, la disponían cuidadosamente, aplicaban alcanfor y *ghee* y esparcían gotas de aceite perfumado.

En su trono, el emperador Chandra oraba junto con sus sacerdotes. Sostenía en sus manos una sarta de piedras de oración, cada una de las cuales llevaba el nombre de una Madre de las llamas: Divyanshi, Ahamara, Nanvishi, Suhana, Meenakshi. Sus cortesanos, los reyes de las ciudades-Estado de Parijatdvipa y sus hijos príncipes, sus guerreros más valientes, rezaban con él. Solo el rey de Alor y su prole de hijos sin nombre permanecían en silencio, notorio y deliberado.

La hermana del emperador Chandra fue llevada a la corte.

Sus damas de honor la acompañaban. A su izquierda, una princesa de Alor sin nombre, conocida solo como Alori; a su derecha, Narina, una joven de sangre noble, hija de un destacado matemático de Srugna y de una madre parijati de alta cuna. Las damas de honor vestían de rojo, sangriento y nupcial. En el cabello llevaban coronas

de ramas, atadas con hilo para imitar las estrellas. Cuando todas entraron en la habitación, los hombres se inclinaron al verlas y apoyaron el rostro contra el suelo, las palmas abiertas sobre el mármol. Se las había ataviado con reverencia y rociado con agua bendita, se había rezado por ellas durante un día y una noche hasta que el amanecer tocó el cielo. Eran tan santas como podían ser las mujeres.

Chandra no inclinó la cabeza. Observó a su hermana.

No llevaba corona. Su cabello estaba suelto, enredado, despararrado sobre sus hombros. Él le había enviado criadas para prepararla, pero ella se había negado a recibir las, rechinando los dientes y llorando. Le había enviado un sari carmesí, bordado en el oro más fino de Dwarali, perfumado con flores de aguja y otras esencias. Ella lo había rechazado y, en cambio, había elegido vestirse del más pálido blanco de luto. Chandra había ordenado a los cocineros que mezclaran opio en su comida, pero ella se negó a probarla. No había sido bendecida. Estaba de pie en el patio, con la cabeza desprovista de adornos y el pelo alborotado, como una maldición viviente.

Su hermana era una muchacha tonta y petulante. No estarían allí, se recordó, si ella no hubiera demostrado ser tan poco femenina. Si no hubiera intentado estropearlo todo.

El sumo sacerdote besó a la princesa sin nombre en la frente. Hizo lo mismo con Narina. Cuando se acercó a la hermana de Chandra, ella se estremeció y apartó la mejilla.

El sacerdote dio un paso atrás. Su mirada y su voz eran tranquilas.

—Ya podéis ascender —dijo—. Hacedlo y convertíos en Madres de las llamas.

La hermana de Chandra tomó las manos de sus damas y las apretó con fuerza. Permanecieron de pie, las tres, por un largo rato, simplemente sosteniéndose unas a otras. Luego, la princesa las soltó.

Las damas caminaron hacia la pira y ascendieron a su cúspide. Se arrodillaron.

La hermana de Chandra se quedó donde estaba, de pie, la cabeza en alto. Una brisa llevó una flor de aguja a su cabello, blanca sobre el negro más profundo.

—Princesa Malini —dijo el sumo sacerdote—. Puedes ascender.

Ella negó con la cabeza sin decir palabra.

“Asciende”, pensó Chandra. “He sido más misericordioso de lo que te mereces, y ambos lo sabemos. Asciende, hermana”.

—Es tu elección —dijo el sacerdote—. No te obligaremos. ¿Abandonarás la inmortalidad o ascenderás?

La propuesta estaba clara, pero ella no se movió. Negó con la cabeza una vez más. Lloraba en silencio, el rostro desprovisto de sentimientos.

El sacerdote asintió.

—Entonces, empecemos —dijo.

Chandra se puso de pie. Las piedras de oración tintinearón cuando las soltó.

A esto habían llegado. Por supuesto.

Bajó de su trono. Cruzó el patio, ante un mar de hombres inclinados. Tomó a su hermana por los hombros, muy suavemente.

—No tengas miedo —le dijo—. Estás demostrando tu pureza. Estás salvando tu nombre. Tu honor. Ahora, asciende.

Uno de los sacerdotes había encendido una antorcha. El olor a quemado y a alcanfor llenó el patio. Los sacerdotes comenzaron a cantar una canción grave que llenaba el aire, se hinchaba en él. No esperarían a su hermana.

Pero aún había tiempo. La pira no estaba encendida todavía.

Cuando su hermana negó con la cabeza una vez más, Chandra la sujetó de la nuca y le levantó el rostro.

No la sostuvo con fuerza. No la lastimó. Él no era un monstruo.

—Recuerda —dijo en voz baja, casi ahogada por la sonora canción— que esto te lo has buscado tú misma. Recuerda que has traicionado a tu familia y has negado tu nombre. Si no asciendes, hermana, recuerda que has elegido hundirte, y que yo hice todo lo que estaba en mi poder para ayudarte. Recuérdalo.

El sacerdote acercó su antorcha a la pira. La madera comenzó a arder lentamente.

La luz del fuego se reflejaba en sus ojos. Ella lo miró con una expresión que parecía un espejo: vacía de sentimientos, reflejaba nada más que sus ojos oscuros parecidos y ceño grave. Su sangre y huesos compartidos.

—Hermano mío —dijo ella—. No lo olvidaré.

Capítulo Uno

PRIYA

Alguien importante debía de haber sido asesinado durante la noche.

Priya lo supo en el momento en que escuchó el ruido de cascos en el camino detrás de ella. Se apartó hacia el borde cuando un grupo de guardias parijatis vestidos de blanco y dorado pasó junto a ella galopando en sus caballos, los sables tintineantes contra sus cinturones grabados. Se cubrió la cara con el *pallu* —en parte porque esperarían tal gesto de respeto de una mujer común, y en parte para evitar el riesgo de que alguno de ellos la reconociera— y los observó a través del espacio entre sus dedos y la tela.

Cuando se perdieron de vista no corrió, pero empezó a caminar muy muy rápido. El cielo ya se estaba transformando del gris lechoso al azul nacarado del amanecer y aún le quedaba un largo camino por recorrer.

El viejo mercado estaba en las afueras de la ciudad, lo suficientemente lejos del *mahal* del regente como para que Priya tuviera la vaga esperanza de que aún no hubiera cerrado. Aquel día había tenido suerte. Cuando llegó, sin aliento, con la espalda de su blusa húmeda de sudor, vio que las calles aún hervían de gente: padres que arrastraban a niños pequeños; comerciantes que cargaban grandes sacos de harina o arroz sobre su cabeza; mendigos demacrados, que

se alineaban en los límites del mercado con su cuenco de limosna en la mano; y mujeres como Priya, sencillas y corrientes, con saris aún más sencillos, que se abrían paso obstinadamente entre la multitud en busca de puestos con verduras frescas a precios razonables.

Parecía haber incluso más gente de lo habitual en el mercado, y se percibía con claridad una nota amarga de pánico en el aire. Era evidente que las noticias de las patrullas habían circulado rápido de casa en casa.

La gente tenía miedo.

Tres meses antes, un renombrado comerciante de Parijat había sido asesinado en su cama; lo habían degollado y arrojaron su cuerpo frente al templo de las Madres de las llamas justo antes de las oraciones del amanecer. Durante dos semanas enteras, después del crimen, los hombres del regente habían patrullado las calles a pie y a caballo, habían golpeado o arrestado a los ahiranyis sospechosos de ser activistas rebeldes y habían destruido todos los puestos del mercado que intentaron permanecer abiertos desafiando las estrictas órdenes del regente.

Los comerciantes de Parijatdvipa se habían negado a suministrar arroz y cereales a Hiranaprastha en las semanas siguientes. Los ahiranyis habían pasado hambre.

Parecía que estaba ocurriendo de nuevo. Era natural que la gente recordara y tuviera miedo, y luchara para comprar todos los víveres que pudiera antes de que los mercados se cerraran por la fuerza una vez más.

Priya se preguntó quién habría sido asesinado esta vez; intentó escuchar algún nombre mientras se zambullía en la masa de gente que avanzaba hacia la bandera verde en el mástil que marcaba, en la distancia, el puesto del boticario. Pasó junto a las mesas que crujían bajo el peso de montones de verduras y frutas dulces, rollos de tela sedosa, imágenes *yaksa* bellamente talladas para venerar en los altares familiares, cubetas de aceite dorado y *ghee*. Incluso en la tenue luz de la mañana, el mercado vibraba de color y ruido.

La presión de la gente se hizo más dolorosa.

Estaba casi llegando al puesto, atrapada en un mar de cuerpos palpitantes y sudorosos, cuando un hombre detrás de ella maldijo,

la empujó fuera del camino con todo el peso de su cuerpo, la palma de la mano pesada sobre su brazo, y le hizo perder el equilibrio. Tres personas a su alrededor también fueron derribadas. Ella cayó, sus pies resbalaron en el suelo húmedo. El mercado estaba al aire libre, y la tierra se había convertido en lodo por las pisadas y los carros y la lluvia monzónica de la noche. Sintió que la humedad se filtraba a través de su sari, desde el dobladillo hasta el muslo, empapando el algodón drapeado hasta la enagua de debajo. El hombre que la había empujado tropezó con ella; si no hubiera apartado su pantorrilla rápidamente, la presión de la bota en su pierna habría sido dolorosa. Él la miró, inexpresivo, desdeñoso, con una leve mueca en la boca, y apartó la vista de nuevo.

La mente de Priya se aquietó.

En el silencio, una voz le susurró: “Podrías hacer que se arrepintiera”.

Había lagunas en los recuerdos de la infancia de Priya, huecos lo suficientemente grandes como para pasar un puño a través de ellos. Pero cada vez que le infligían dolor (la humillación de un golpe, el empujón descuidado de un hombre, la risa cruel de una compañera de servidumbre), sentía que se desplegaba en su mente la certeza de que ella podría causar el mismo sufrimiento. Susurros fantasmales en la voz paciente de su hermano.

“Así es como se pellizca un nervio lo suficientemente fuerte como para deshacerte de alguien que te sujeta. Así es como rompes un hueso. Así es como se saca un ojo. Mira atentamente, Priya. Justo así”.

“Así es como apuñalas a alguien en el corazón”.

Llevaba un cuchillo en la cintura. Era muy bueno, práctico, con funda y empuñadura sencillas, y conservaba la hoja finamente afilada para los trabajos de cocina. Nada más que con su pequeño cuchillo y un deslizamiento cuidadoso del índice y el pulgar, podía dejar el interior de cualquier cosa (verduras, carne sin piel, frutas recién cosechadas del huerto del regente) rápidamente al descubierto y la corteza exterior convertida en una cáscara suave, enrollada en su palma.

Volvió a mirar al hombre y, con cuidado, alejó de su mente todo pensamiento sobre su cuchillo. Abrió los dedos temblorosos.

“Tienes suerte”, pensó, “de que no soy aquello para lo que me criaron”.

La multitud detrás y frente a ella se estaba volviendo más densa. Priya ya ni siquiera podía ver la bandera verde del puesto de boticario. Se balanceó sobre las puntas de los pies y luego se levantó rápidamente. Sin volver a mirar al hombre, se inclinó y se deslizó entre dos desconocidos frente a ella, aprovechando su pequeña estatura, y se abrió paso a empujones hacia el frente de la muchedumbre. Un uso inteligente de sus codos y rodillas y cierta contorsión finalmente la acercaron lo suficiente para ver la cara del boticario, arrugada por el sudor y la irritación.

El puesto era un desastre: las botellas caídas, las vasijas de barro volcadas. El boticario estaba empaquetando sus mercancías lo más rápido que podía. Detrás de ella, a su alrededor, podía escuchar el ruido atronador de la multitud, cada vez más tenso.

—Por favor —dijo en voz alta—. Tío, por favor. Si te quedan algunas cuentas de madera sagrada, te las compraré.

Un desconocido a su izquierda resopló sonoramente.

—¿Crees que le queda algo? Hermano, si tienes, te pagaré el doble de lo que ella ofrezca.

—¡Mi abuela está enferma! —gritó una niña a tres personas de distancia detrás de ellos—. Así que, si pudieras ayudarme, tío...

Priya sintió que la madera del puesto comenzaba a astillarse bajo la dura presión de sus uñas.

—Por favor —dijo en voz baja para esquivar el alboroto.

Pero la atención del boticario ya estaba puesta detrás de la multitud. Priya no necesitó volver la cabeza para saber que había visto los uniformes blancos y dorados de los hombres del regente, que finalmente llegaban para cerrar el mercado.

—¡Ya he cerrado! —gritó—. No hay nada más para ninguno de vosotros. ¡Marchaos! —Dio un golpe con la mano y luego recogió las últimas mercancías meneando la cabeza.

La muchedumbre comenzó a dispersarse lentamente. Algunas personas se quedaron, suplicando todavía la ayuda del boticario, pero Priya no se unió a ellos. Sabía que ya no conseguiría nada allí.

Dio media vuelta, salió de la multitud y se detuvo solo para comprar una pequeña bolsa de *kachoris* a un vendedor de ojos cansados. La enagua empapada se le adhería pesadamente a las piernas. Tomó la tela, la apartó de sus muslos y caminó en dirección opuesta a la de los soldados.

En el extremo más lejano del mercado, donde el último de los puestos y el suelo transitado se encontraban con el camino principal que conducía a las tierras de cultivo y las aldeas dispersas más allá, había un vertedero. Los lugareños habían construido a su alrededor una pared de ladrillos, pero eso no bastaba para contener el hedor. Los vendedores de alimentos tiraban allí el aceite rancio y los productos en descomposición, y en ocasiones desechaban cualquier alimento cocido que no pudiera venderse.

Cuando Priya era mucho más joven, conocía bien ese lugar. Sabía de las náuseas y la euforia que se abrían paso en espiral a través de un cuerpo hambriento al encontrar algo casi podrido, pero comestible. Incluso entonces, su estómago se agitó extrañamente ante el montón de basura y el hedor denso y conocido que se elevaba a su alrededor.

Ese día había seis figuras acurrucadas contra las paredes en la escasa sombra: cinco chicos jóvenes y una chica de unos quince años, mayor que el resto.

Los niños que vivían solos en la ciudad, que vagaban de mercado en mercado y dormían en las terrazas de las casas más hospitalarias, compartían información. Se susurraban unos a otros los mejores lugares para pedir limosna o recoger sobras. Se pasaban las noticias de cuáles vendedores les darían comida por caridad y quiénes los molerían a palos antes que ofrecer siquiera una onza.

También hablaban de Priya.

“Si vas al viejo mercado la primera mañana después del día de descanso, una criada vendrá y te dará madera sagrada si la necesitas. No te pedirá dinero ni favores. Solo te ayudará. En serio, lo hará. No te pedirá nada en absoluto”.

La niña miró a Priya. Su párpado izquierdo estaba salpicado de tenues motas de color verde, como algas en aguas tranquilas.

Llevaba un hilo alrededor del cuello, una sola cuenta de madera ensartada en él.

—Los soldados están aquí —dijo la niña a modo de saludo.

Los chicos se movían inquietos, mirando por encima del hombro el tumulto del mercado. Algunos usaban chales para ocultar la podredumbre de sus cuellos y brazos, las venas verdes, el brote de nuevas raíces debajo de la piel.

—Así es. Por toda la ciudad —confirmó Priya.

—¿Le han cortado la cabeza a otro comerciante?

Priya negó con un gesto.

—Sé tanto como tú.

La niña miró desde el rostro de Priya hasta su sari enlodado, las manos vacías salvo por la bolsa de *kachoris*. La interrogó con la mirada.

—No pude conseguir ninguna cuenta hoy —se lamentó Priya.

Observó como la expresión de la chica se contraía, aunque intentó valientemente controlarla. La compasión no le haría ningún bien, así que le ofreció los pasteles en su lugar.

—Deberías irte ahora. No querrás que te atrapen los guardias.

Los niños tomaron los *kachoris*, algunos murmuraron su agradecimiento y se dispersaron. La chica se frotó la cuenta del cuello con los nudillos mientras avanzaba. Priya sabía que estaría fría bajo su mano, vacía de magia.

Si esa niña no conseguía más madera sagrada pronto, probablemente la próxima vez que Priya la viera tendría el lado izquierdo de la cara tan cubierto de polvo verde como su párpado.

“No puedes salvarlos a todos”, se recordó a sí misma. “No eres nadie. Esto es todo lo que puedes hacer. Esto y nada más”.

Priya se dio la vuelta para irse y vio que un chico se había quedado atrás, esperando pacientemente a que ella se fijara en él. Era pequeño, su aspecto delataba desnutrición; los huesos demasiado afilados, la cabeza demasiado grande para un cuerpo que aún no había crecido para igualarla. Llevaba un chal sobre el cabello, pero ella alcanzó a ver sus rizos y las hojas de color verde oscuro que crecían entre ellos. Se había envuelto las manos en tela.

—¿De verdad no tienes nada, señora? —preguntó, vacilante.

—De verdad —dijo Priya—. Si tuviera alguna madera sagrada, te la habría dado.

—Pensé que tal vez habías mentido —dijo el niño—. Que quizá no tenías suficiente para más de una persona y no querías que nadie se sintiera mal. Pero ahora solo estoy yo. Para que me puedas ayudar.

—Lo siento mucho —dijo Priya.

Oyó gritos y pasos que resonaban en el mercado, el ruido de la madera cuando los puestos se cerraban.

El chico parecía estar reuniendo valor. Y efectivamente, después de un momento, cuadró los hombros y dijo:

—Si no puedes conseguirme madera sagrada, ¿puedes conseguirme un trabajo?

Ella parpadeó, sorprendida.

—Yo... yo solo soy una sirvienta —respondió—. Lo siento, hermanito, pero...

—Debes de trabajar en una casa agradable si puedes ayudar a los vagabundos como nosotros —dijo rápidamente—. Una casa grande con dinero de sobra. Tal vez tus amos necesiten un chico que trabaje duro y no cause muchos problemas. Ese podría ser yo.

—La mayoría de los hogares no aceptan a un niño enfermo de podredumbre, no importa lo trabajador que sea —señaló ella suavemente, tratando de disminuir el impacto de sus palabras.

—Lo sé —dijo él. Su mandíbula estaba tensa, en un gesto testarudo—. Solo pregunto.

Inteligente chico. No podía culparlo por intentarlo. Estaba claro que ella era lo suficientemente blanda como para gastar su propio dinero en madera sagrada para ayudar a los podridos. ¿Por qué no presionarla para obtener algo más?

—Haré cualquier cosa que alguien necesite que haga —insistió—. Señora, puedo limpiar letrinas. Puedo cortar madera. Puedo trabajar la tierra. Mi familia es... ellos eran agricultores. No le tengo miedo al trabajo duro.

—¿No tienes a nadie? —preguntó ella—. ¿Ninguno de ellos cuida de ti? —Hizo un gesto vago hacia la dirección en la que se habían escapado los otros niños.

—Estoy solo —respondió simplemente. Y agregó—: Por favor.

Unas cuantas personas pasaron junto a ellos esquivando con cuidado al chico. Sus manos envueltas, el chal sobre su cabeza, revelaban más de lo que ocultaban, su condición de podrido.

—Llámame Priya. No “señora”.

—Priya —repitió obedientemente.

—Dices que puedes trabajar —dijo ella. Miró sus manos—. ¿Cómo están?

—No demasiado mal.

—Muéstramelas —pidió—. Dame tu muñeca.

—¿No te importa tocarme? —preguntó él vacilante.

—La podredumbre no se transmite entre las personas —explicó Priya—. A menos que arranque una de esas hojas de tu cabello y me la coma, creo que estaré bien.

El comentario hizo sonreír al chico. Duró lo que un parpadeo, como un destello de sol a través de las nubes que se separan, y luego desapareció. Desenvolvió hábilmente una de sus manos. Ella lo tomó de la muñeca y la levantó hacia la luz.

Un brote crecía debajo de la piel y presionaba contra la yema del dedo; pero su dedo era un cascarón demasiado pequeño para lo que intentaba desplegar. Priya miró el trazo verde visible a través de la piel delgada del dorso de la mano, el fino encaje que formaba. El brote tenía raíces profundas.

Tragó saliva. Ah. Raíces profundas, podredumbre profunda. Si el chico ya tenía hojas en el cabello y arañas verdes que recorrían su sangre, imaginó que no le quedaba mucho tiempo.

—Ven conmigo —dijo, y lo sujetó por la muñeca para que la siguiera.

Caminó por la calle y finalmente se unió al flujo de la multitud que dejaba atrás el mercado.

—¿Adónde vamos? —preguntó el chico. No trató de alejarse de ella.

—Voy a conseguirte un poco de madera sagrada —dijo Priya con determinación, apartando de su mente todos los pensamientos sobre asesinatos y soldados y el trabajo que tenía que hacer. Lo soltó y se adelantó. Él corrió para seguirla, arrastrando su chal sucio alrededor de su cuerpo delgado—. Después de eso, veremos qué hacer contigo.

Las casas de placer más grandes de la ciudad se alineaban en las orillas del río. Era la hora temprana en que estaban completamente en silencio, sus lámparas rosadas apagadas. Pero estarían ocupadas más tarde. Los hombres del regente siempre dejaban los burdeles tranquilos. Incluso en el apogeo del último verano hirviente, antes de que el monzón arreciara, cuando los simpatizantes rebeldes cantaban canciones antiimperialistas y el carruaje de un señor noble había sido acorralado y quemado en la calle justo fuera de su propio *haveli*, los prostíbulos habían mantenido sus lámparas encendidas.

Gran parte de las casas de placer pertenecían a nobles de alcurnia demasiado alta para que el regente las cerrara. Muchas eran frecuentadas por mercaderes y nobles visitantes de otras ciudades-Estado de Parijatdvipa; eran una fuente de ingresos de la que nadie quería tener que prescindir.

Para el resto de Parijatdvipa, Ahiranya era una guarida de vicios, buena para el placer y poco más. Cargaba, como un yugo, su amarga historia, su condición de bando perdedor de una antigua guerra. Lo consideraban un lugar atrasado, plagado de violencia política y, en los últimos años, de la podredumbre: la extraña enfermedad que estropeaba las plantas y los cultivos e infectaba a los hombres y las mujeres que trabajaban en los campos y los bosques con flores que brotaban de la piel y hojas que les atravesaban los ojos. A medida que se diseminaba la podredumbre, las otras fuentes de ingresos en Ahiranya habían mermado. Y el malestar había nacido y aumentado hasta que Priya temió que también se derrumbaría, con toda la furia de una tormenta.

A medida que Priya y el chico seguían caminando, las casas de placer se veían menos grandiosas. Pronto, no las hubo en absoluto. A su alrededor había viviendas abarrotadas, pequeñas tiendas. Delante de ella estaba el linde del bosque. Incluso a la luz de la mañana se veía sombrío; los árboles eran una barrera silenciosa y verde.

Priya nunca había conocido a nadie nacido y criado fuera de Ahiranya que no se sintiera perturbado por el silencio del bosque. Había conocido a sirvientas de Alor o incluso de la vecina Srugna que evitaban el lugar por completo. “Debería haber algún ruido”, murmuraban. “El canto de los pájaros. O insectos. No es natural”.

Pero el pesado silencio era reconfortante para Priya. Ella era ahiranyi hasta la médula. Le gustaba el silencio, que solo interrumpía el roce de sus propios pies contra el suelo.

—Espérame aquí —le dijo al niño—. No tardaré mucho.

Él asintió sin decir una palabra. Estaba mirando hacia el bosque cuando ella lo dejó; una leve brisa susurraba entre las hojas de su cabello.

Priya se deslizó por una calle estrecha donde el suelo era irregular, con raíces ocultas; la tierra subía y bajaba en montículos bajo sus pies. Delante de ella había una sola vivienda. Debajo de su galería con columnas se agazapaba un hombre mayor.

Levantó la cabeza cuando Priya se acercó. Al principio no le prestó atención, como si hubiera estado esperando a alguien completamente diferente. Entonces su mirada se enfocó. Sus ojos se entrecerraron en señal de reconocimiento.

—Tú —dijo.

—Gautam. —Ella inclinó la cabeza en un gesto de respeto—. ¿Cómo estás?

—Ocupado —dijo brevemente—. ¿Por qué estás aquí?

—Necesito madera sagrada. Solo una cuenta.

—Deberías haber ido al mercado entonces —señaló tranquilamente—. He provisto a muchos boticarios. Ellos pueden negociar contigo.

—Probé en el viejo mercado. Nadie tiene nada.

—Si allí no tienen, ¿por qué crees que yo sí?

“Oh, vamos”, pensó Priya irritada. Pero no dijo nada. Esperó hasta ver que las fosas nasales de Gautam se ensancharon cuando él resopló y se levantó para abandonar la galería y volverse hacia la cortina de cuentas de la entrada. Llevaba una hoz de mano enganchada en la parte de atrás de su túnica.

—De acuerdo. Entra entonces. Cuanto antes lo hagamos, antes te irás.

Priya extrajo la bolsa de su blusa antes de subir los escalones y entrar tras él.

La llevó a su taller y le pidió que se quedara junto a la mesa del centro. En las esquinas de la habitación se alineaban varios sacos de

tela. Muchas botellas pequeñas tapadas, innumerables ungüentos, tinturas y hierbas cosechadas en el mismo bosque ocupaban filas ordenadas en los estantes. El aire olía a tierra y a humedad.

Él le quitó la bolsa, desató el cordel y sopesó el contenido en la palma de su mano. Luego chasqueó la lengua contra los dientes y lo dejó caer sobre la mesa.

—Esto no es suficiente.

—Oye, por supuesto que es suficiente —dijo Priya—. Este es todo el dinero que tengo.

—Eso no lo hace mágicamente suficiente.

—Es lo que me costó en el mercado la última vez...

—Pero no pudiste conseguir nada en el mercado hoy —dijo Gautam—. Y si hubieras podido, te habrían cobrado más. La oferta es baja, la demanda es alta. —Frunció el ceño en un gesto desagradable—. ¿Crees que es fácil cosechar madera sagrada?

—En absoluto —dijo Priya. “Sé agradable”, se recordó a sí misma. “Necesitas su ayuda”.

—El mes pasado envié cuatro leñadores. Salieron después de dos días, pensando que habían estado allí dos horas. Entre... eso —dijo, señalando en dirección al bosque— y el regente que envía a sus matones por toda la maldita ciudad por quién sabe qué razón, ¿crees que es un trabajo sencillo?

—No —respondió Priya—. Lo lamento.

Pero él aún no había terminado.

—Todavía estoy esperando que regresen los hombres que envié esta semana —continuó. Sus dedos tamborileaban la superficie de la mesa, con un ritmo rápido e irritado—. ¿Quién sabe cuándo volverán? Tengo todo el derecho a ponerles el mejor precio a los artículos que tengo. Así que me pagarás lo que corresponde, muchacha, o no obtendrás nada.

Antes de que pudiera continuar, ella levantó la mano. Llevaba algunos brazaletes en las muñecas. Dos eran de metal de buena calidad. Se los quitó y los colocó sobre la mesa frente a él, junto al bolso.

—El dinero y esto —ofreció—. Es todo lo que tengo.

Pensó que él lo rechazaría, solo por despecho. Pero en lugar de eso, recogió los brazaletes y las monedas y se los metió en el bolsillo.

—Eso servirá. Ahora mira —dijo—. Te mostraré un truco.

Arrojó un paquete envuelto en tela sobre la mesa. Estaba atado con una cuerda. La abrió con un rápido tirón, dejando que la tela cayera a los lados.

Priya se estremeció y dio un paso atrás.

Dentro vio una rama cortada de un árbol joven. La corteza de madera pálida se abría en una herida de color castaño rojizo. La savia que supuraba de su superficie tenía el color y la consistencia de la sangre.

—Viene del camino que conduce a la arboleda en la que mis hombres suelen cosechar —dijo—. La trajeron para mostrarme por qué no podían cumplir con la cuota regular. “Hay podredumbre hasta donde alcanza la vista”, me dijeron. —Sus párpados se veían agobiados—. Puedes mirar más de cerca si quieres.

—No, gracias —dijo Priya con firmeza.

—¿Segura?

—Deberías quemarla —respondió ella.

Hizo todo lo posible por no oler la rama demasiado profundamente. Apestaba a carne.

Él resopló.

—Tiene su utilidad.

Se alejó de ella para hurgar en sus estantes. Después de un momento regresó con un objeto del tamaño de la punta de un dedo envuelto en tela. Lo desenvolvió con cuidado de no tocar lo que contenía. Priya pudo sentir el calor que emanaba del interior de la madera: una calidez extraña y palpitante que rodaba por su superficie con la firmeza de un rayo de sol.

Madera sagrada.

Observó cómo Gautam sostenía el fragmento cerca de la rama podrida: la lesión de la corteza palideció y el enrojecimiento se desvaneció. El hedor se disipó un poco y Priya respiró agradecida.

—Ya ves —dijo Gautam—. Ahora sabes que es fresca. La aprovecharás bien.

—Gracias. Ha sido una demostración muy útil. —Trató de no mostrar su impaciencia. ¿Qué quería? ¿Asombro? ¿Lágrimas de gratitud? No tenía tiempo para nada de eso—. De todas maneras, deberías quemar la rama. Si la tocas por error...

—Sé cómo manejar la podredumbre. Envío hombres al bosque todos los días —dijo él con desdén—. ¿Y tú que haces? ¿Barres sue-
los? No necesito tu consejo.

Él empujó el fragmento de madera sagrada hacia ella.

—Toma esto y vete.

Priya se mordió la lengua y extendió la mano, con el extremo largo del sari sobre la palma. Envolvió de nuevo la astilla de madera con cuidado una, dos veces, apretando la tela y atándola con un nudo limpio. Gautam la miró.

—Para quien sea que estés comprando esto, la podredumbre lo va a matar de todas maneras —dijo cuando ella terminó—. Esta rama morirá incluso si la envuelvo en una cáscara entera de madera sagrada. Solo tardará más. Te doy mi opinión profesional, sin costo extra. —Arrojó la tela sobre la rama infectada con un movimiento descuidado de los dedos—. Así que no vuelvas y malgastes tu dinero otra vez. Te mostraré la salida.

La condujo hasta la puerta. Ella empujó la cortina de cuentas e inhaló con avidez el aire limpio, libre del olor a descomposición.

En el borde de la galería había un altar construido como un nicho tallado en la pared. En su interior, tres ídolos esculpidos en madera rústica, con lustrosos ojos negros y cabello de enredadera. Ante ellos había tres pequeñas lámparas de arcilla encendidas con mechas de tela sumergidas en aceite. Un número sagrado.

Recordó que una vez había sido capaz de encajar todo su cuerpo perfectamente en ese nicho. Allí había dormido acurrucada una noche, cuando era tan pequeña como el niño huérfano.

—¿Todavía dejas que los mendigos se refugien en tu galería cuando llueve? —preguntó Priya volviéndose para mirar a Gautam donde estaba parado, bloqueando la entrada.

—Los mendigos son malos para el negocio —respondió—. Y los que veo en estos días no tienen hermanos a los que les deba favores. ¿Te vas o no?

“Basta con la amenaza del dolor para destruir a alguien”. Miró brevemente a Gautam a los ojos. Algo impaciente y malicioso acechaba allí. “Un cuchillo, bien usado, nunca tiene que sacar sangre”.

Pero Priya no tenía dentro de sí ni siquiera la capacidad de amenazar a ese viejo matón. Dio un paso atrás. Qué gran vacío había entre el conocimiento que guardaba dentro de sí misma y la persona que aparentaba ser, inclinando la cabeza con respeto ante un hombre mezquino que todavía la veía como una mendiga callejera que había ascendido demasiado, y a la que odiaba por eso.

—Gracias, Gautam —dijo—. Trataré de no molestarte otra vez.

Tendría que tallar la madera ella misma. No podía darle el fragmento tal como estaba al niño. Un fragmento entero de madera sagrada sostenida contra la piel la quemaría. Pero quizá sería mejor que la quemara. No tenía guantes, por lo que tendría que trabajar con cuidado, con su pequeño cuchillo y una tela para mantener a raya lo peor del dolor. Incluso entonces podía sentir el calor del trozo de madera contra su piel, traspasando el tejido que lo envolvía.

El chico estaba esperando donde ella lo había dejado. Parecía aún más pequeño a la sombra del bosque, aún más solo. Él se volvió para observarla mientras se acercaba, con ojos cautelosos y vacilantes, como si no hubiera estado seguro de su regreso.

A Priya se le encogió el corazón. Ver a Gautam la había hecho retroceder a lo más profundo de su pasado más cerca de lo que había estado en mucho mucho tiempo. Sintió el tirón de sus recuerdos, crispados como un dolor físico.

Su hermano. El dolor. El olor a humo.

“No mires, Pri. No mires. Solo muéstrame el camino”. “Muéstramelo”.

No. No valía la pena recordarlo.

Era sensato ayudar al chico, se dijo a sí misma. No quería que su imagen, de pie frente a ella, la persiguiera. No quería recordar a un niño hambriento y solo, con raíces que brotaban de sus manos, y pensar: “Lo dejé morir. Me pidió ayuda y lo abandoné”.

—Estás de suerte —dijo, con tono jovial—. Trabajo en el *mahal* del regente. Su esposa tiene un corazón muy gentil cuando se trata de huérfanos. Lo sé por experiencia. Ella me dio asilo. Te dejará trabajar para ella si se lo pido amablemente. Estoy segura.

El chico abrió mucho los ojos. Había tanta esperanza en su

rostro que era casi doloroso mirarlo, así que Priya se aseguró de apartar la vista. El cielo estaba brillante, el aire demasiado caliente. Necesitaba volver.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Rukh —respondió—. Me llamo Rukh.